—Ya lo veis, don José, dijo mi madre, estaba prevenida de vuestra tentativa cerca de Cipriana, y sin embargo, no he puesto obstáculo...

Llegaba yo en este instante al hueco iluminado de la puerta. Ella se volvió hácia mí:

—Sabedlo bien los dos, sabedlo bien, Cipriana: largo tiempo hace que abdiqué mis derechos maternales sobre vos.

No tengo que daros órdenes; no teneis que recibirlas de mí. Por eso os he dejado libre, os dejaré libre todavía de escoger vos misma vuestra suerte. Todo lo que M. de la Cruz os ha dicho es la pura verdad. Me hago cerca de vos garante de su sinceridad y de su honor. Sin embargo, os suplico que no le sigais sin haberme escuchado. Lo que tengo que deciros quizás cambiará vuestra resolucion.

Don José habia acabado de leer la carta, y se la devolvió respetuosamente á mi madre.

—¿Qué convendrá responder, señora?

—Responded, exclamó, á la que os envia, que será obedecida. Mañana será adoptada la resolucion de Cipriana. La mia lo está ya. Respecto de ella, — quiero que pueda escoger su via con todo conocimiento de causa. Debo descorrer ante sus ojos una punta del velo que le oculta mi pasado y el suyo. La prueba es dolorosa, pero necesaria. Id, don José, y decid á la santa que nos protege, que por esta tarea penosa preludio las que le plazca el imponerme.

Estaba yo de tal modo asombrada de encontrar á mi madre mezclada en el secreto de mis desconocidos protectores, que apenas si ví á M. de la Cruz saludarnos profundamente, y solo al oir el ruido lejano de la puerta del jardin, noté su desaparicion.

Mi madre me miraba con aire pensativo. Cuando levanté hácia ella mis ojos interrogadores, me tomó de la mano sin decir palabra, y me llevó á su cuarto. Parecia sostener consigo misma una lucha penosa, pues se paseaba con agitacion, y muda siempre. En fin, alzando los ojos al cielo, uniendo convulsivamente las manos, me llamó con la mirada cerca de ella.

—Lo que tengo que deciros es grave. Escuchadlo religiosamente, pues en este momento vais á ser mi confesor y mi juez.

Yo hice un gesto como para rehusar ese papel penoso para una hija piadosa con su madre; pero sin parecer fijar la atencion en ello, continuó:

—He sido culpable, y sobre vos, ¡ay! pobre inocente niña, ha recaido hasta este dia todo el peso de mi falta. En vos me castigan, y yo por vos expio. No os apresureis, sin embargo, á juzgarme demasiado severamente. Puesto que vos amais, debeis comprender á qué desenfrenamientos una criatura desvalida, ansiosa de afecciones, puede ceder... ¡Ay! mi Cipriana, esta relacion podrá ser para tí una enseñanza, al mismo tiempo que una dolorosa confidencia.

A tí tambien, querida hija, te veo á punto de resbalar por esa pendiente fatal, la sola peligrosa para las almas generosas como la tuya: la necesidad de amor y la compasion...

¡Ah! ¡eres muy hija mia! Así como en nuestros dos rostros, encuentro en nuestros dos caracteres y nuestras dos existencias una semejanza que me espanta...

Como tú, yo fuí educada en un aislamiento casi absoluto.

A falta de padre y madre, me confiaron, desde mi mas tierna infancia, al cuidado de una abuela mia, la marquesa viuda de Simeuse.

A decir verdad, no era mala mujer; hasta tengo toda clase de razones para no dudar del buen fondo de su corazon; pero la pobre señora era quizás la menos á propósito para la educacion de una niña susceptible, uraña, ensimismada como yo lo era.

Habia conservado esos modales altivos del último siglo y un poco tambien de esa sequedad de alma peculiar á toda esa generacion, que las mil intrigas de la emigracion habian hecho reservada hasta el egoismo, y desconfiada hasta el excepticismo. Ambiciosa hasta el frenesí, murmuraba, como otros muchos, de la córte y de los cortesanos, quienes, en sentir suyo, no la habian recompensado segun sus méritos, y sufria en Nantes un destierro voluntario, del cual habia hecho una especie de soberanía. Tenia mas de ochenta años, olvidaba en su salon á los descontentos de todos los partidos y jugaba con ellos á lo Talleyrand.

Todas sus pequeñas maquinaciones, cuya importancia se exageraba, eran útil alimento para su febril actividad. El dia en que hubiera tenido que renunciar á ellas, creo que se habria muerto.

Comprenderás que en medio de todas estas preocupaciones, quedábale poco tiempo para pensar en mí. ¿Me amaba? lo ignoro. Algunas veces lo he creido, otras he dudado sériamente de ello. Supongo (pues ella todo lo reducia á afeccion ú ódio, su idea fija) que veia sobre todo en mí un instrumento útil para el porvenir, pues en sus dias de espansion sabia ponerme sobre sus rodillas, me estaba mirando largo rato y tarareaba haciéndome saltar entre sus trémulas manos:

—Teneis bellos ojos, señorita, sereis por lo menos duquesa, me decia.

Por el momento, á pesar de sus bellos ojos, la futura duquesa no era sino una feroz traviesilla, que hacia un singular contraste en el gran salon austero del palacio de Simeuse. De modo que mi abuela se cansó pronto de mí. Yo crecia mucho, tenia manos gruesas, brazos enjutos que causaban miedo. La marquesa, á quien no le agradaba sino lo que era bonito, no podia disimular su mal humor respecto á mí.

Por eso pretextó una enfermedad, la necesidad de aire, ¿qué sé yo? para enviarme á «hacer la muda», segun su expresion, en una pequeña alquería de las cercanías de San Esteban de Montluc.

En este canton se encontraban las principales propiedades de la señora de Simeuse.

XXII

MARIA DE LOS ALISIOS.

(EL CUADERNO AZUL.)

¡Oh querida alquería de Noizilles! continuó mi madre. Ella ha sido mi convento de B... ¡Ay! los cinco años pasados allí son los únicos que no dejan hoy, cuando los recuerdo, ni la sombra de una tristeza, ni la angustia de un remordimiento. La casa era modesta, pero encantadora. Un largo piso bajo, con el techo cubierto en forma de bohardilla, y tapizado exteriormente de lúpulos y parras. Delante, un inmenso jardin á la moda antigua, con sus espalderas de albaricoques, sus perales en copas, sus líneas de boj tiradas á cordel y sus tejos cortados en forma de pilastras. Al terminar el recinto, una terraza que domina el inmenso Loira y sus pobres praderas de un verde sombrío. Detrás de la casa, un bosquecito frondoso, con pequeños barrancos y escavaciones en todos sentidos, causadas por las lluvias y los vivares de los conejos. Hé ahí todo mi dominio. Viviamos allí dentro solas con mi aya, una anciana señorita noble que durante la emigracion se habia hecho institutriz en Lóndres para poder vivir. Llamábase señorita de Saint-Lambert, pero mas á menudo la llamaban Lambert á secas. Por lo demas, mi abuela la estimaba mucho, y para agradar á la terrible viuda marquesa de Simeuse, la nobleza de las cercanías obsequiaba á la Lambert. Con frecuencia recibíamos visitas en Noizilles; pero lejos de intimidarme como en Nantes, donde me sentia oprimida bajo el peso de las miradas de mi abuela, estas visitas me divertian mucho en Noizilles. Mi alegría natural, tan largo tiempo comprimida, tomaba libre vuelo y no me importaba nada reirme de sus pelucas empolvadas y de sus modales anticuados.

Ademas, yo tenia un camarada, un compañero, un amigo, el jóven caballero de los Alisios.

María—pues se llamaba María como una mujer — tenia casi mi edad, pero era todavía mas esbelto y mas niño que yo. Me parece estarle viendo todavía, con sus largos cabellos rubios rizados y sus grandes ojos azules, á la par que traviesos y meditabundos. — A pesar de sus apariencias femeninas, era no obstante un hombrecito valiente. — Nada le intimidaba. Sus dulces ojos azules se ponian por instantes enérgicos y voluntariosos. Entonces casi tomaban un matiz negro y lanzaban llamas que hubiesen hecho bajar las miradas mas altaneras.

Pasábamos todos nuestros dias juntos. Mi primera pregunta, al levantarme por la mañana, era: — ¿Dónde está María? — Y por la noche, al separarnos, nunca nos decíamos «adios», jamás «hasta la vista»; siempre «hasta mañana.»

No tenia ni padre ni madre — como yo — y habitaba á un cuarto de legua de Noizilles, en una pequeña y miserable alquería, único patrimonio suyo. En suma, el pequeño caballero María era mas pobre que muchos campesinos; pero eso nos era igual. Aislados los dos, encontrábamos natural el amarnos, y como las muchachitas son siempre mas audaces que los muchachos, yo le llamaba «mi maridito.»

Estos amores infantiles no tuvieron consecuencia. A Lambert ninguna inquietud le inspiraban, y no hacia mas que sonreirse.

Sin embargo, á medida que íbamos creciendo, María se hacia mas reservado. Un dia que habia gran recepcion en Noizilles, me dijo: «Señorita.» Adiviné ese dia que un nuevo elemento iba á introducirse en nuestras relaciones, y lloré toda la noche.

Me habia propuesto firmemente interrogar al siguiente dia á María y preguntarle si no me amaba ya para tratarme como á una extraña; pero, cuando llegó, no me atreví.

Tenia el aspecto muy triste, tan triste como yo, por lo menos. Me habló sin afectacion de su pobreza y de mi fortuna. «Ya ha pasado el tiempo, decia, en que el nombre suplia á todo. Era menester que pensara en su porvenir.» Luego, sin afectacion ninguna, disminuyó el número de sus visitas á Noizilles. No vino por de pronto sino cada dos dias, luego todas las semanas, y despues aun mas raras veces.

Yo era ya una gran mujercita. Comprendí, y no hice sino querer mas á mi querido caballero.

En esa época fué cuando mi abuela me llamó cerca de ella y me presentó á la alta sociedad de Nantes. Mi casamiento con vuestro padre estaba ya concertado, y yo sola era la que ignoraba este proyecto. Una noche llegó M. de Puysaie, y me fué presentado. Veinticuatro horas despues, estábamos casados. El mismo dia de la ceremonia, partió para Inglaterra, donde una mision diplomática le llamaba, y, como al salir de un ensueño, me encontré condesa de Puysaie.

Tenia quince años; pero era tan pequeña, tan delgada, tan delicada, que el que mas me hubiera dado trece años.

Encontré en el fondo de la canastilla de boda un enorme cucurucho de dulces.

Poco despues de mi matrimonio, mi abuela cesó de llevarme al gran mundo. Juzgaba conveniente no dejarme frecuentar la sociedad sino apoyada en el brazo de mi marido. Por lo demas, no hacia en eso mas que conformarse con mis gustos. La sociedad me agradaba poco. Habia contraido en Noizilles hábitos adustos que no se avenian en manera alguna con todo ese ruido, que parecia al contrario el verdadero elemento de la marquesa de Simeuse. Por eso no podia disimular su desden por lo que ella llamaba mi tontería.

—¡Ah! ¡qué feliz has sido en haberme tenido por abuela! tú no serás nunca sino una necia, mi pobre Hortensia. En fin, felizmente ya estás acomodada.

Yo fuí la primera en manifestar el deseo de irme á Noizilles para esperar allí el regreso de mi marido, y con el humor que yo la conocia, mi abuela no era mujer para oponerse á este proyecto.

Volví á encontrar por algun tiempo mi querida alquería y á mi buena Lambert, pero no volví á ver á mi pobre María de los Alisios. Apenas si, de tiempo en tiempo, le divisaba el domingo en la misa, y durante un año no volvió á poner los piés en Noizilles.

Los rumores del mundo exterior difícilmente llegaban á nuestro retiro. Supimos casi al mismo tiempo la revolucion que derribó del trono á Cárlos X y la tentativa de MADAMA en la Vendée.

Hacia algunos meses que el caballero habia desaparecido, y nadie podia decir qué habia sido de él.

Yo lo adiviné, como habia adivinado la razon de su tristeza y de su retraimiento, y me dije, no sin alguna vanidad, que habia debido comprometerse en esa aventura desesperada con el fin de aturdirse ó hacerse matar.

El amor propio de las mujeres es feroz. Esta idea lisongeaba al mio, pero al mismo tiempo me ponia muy triste.

Así como hasta ese dia me habia mostrado indiferente á todo, así de improviso tuve impaciencia por conocer los menores incidentes de esa empresa heróica y loca.

Por la noche, por el dia, en todo tiempo y lugar, pensaba en ese puñado de hombres errantes á través de los senderos del *Bocage*. — Mientras que con la punta de mi aguja negligente contaba los puntos de mi bordado, mi alma estaba con ellos en las chozas de follaje donde acampaban durante las noches nebulosas; en la alquería donde recibian asilo durante algunas horas, que tal vez era una traicion; en el combate tambien, ¡ay! donde el ardor de su arrojo y adhesion podia solo compensar el número de los enemigos.

Una noche, — Lambert habia ido á hacer una visita de algunos dias á una casa de las inmediaciones, y yo permanecia sola en la alquería — con mi labor sobre las rodillas, los ojos fijos en el vacío, estaba pensando en ese único objeto de mis preocupaciones constantes. De repente me estremecí: llamaban con precaucion en la persiana.

Me callé, y esperé con el corazon oprimido por una angustia extraña.

Llamaron de nuevo, mas fuerte que la primera vez, y una voz, débil como un suspiro, pronunció mi nombre. No me engañaba; la voz que me llamaba era la del caballero de los Alisios.

Corrí á la ventana, que abrí de par en par, y debajo, en la sombra, percibí una forma confusa que se agitaba.

— ¡Oh! por favor, por favor, pregunté, ¿quién está ahí?

Esta vez fué una voz desconocida la que respondió:

— Abridnos pronto, está desmayado.

No vacilé un minuto, tan convencida estaba que se trataba de María. Y algunos instantes despues, el pobre jóven estaba recostado al lado de la chimenea, sobre la larga silla donde ordinariamente solia tenderse Lambert. Su compañero, un bello y fornido jóven, arrodillado delante de él, abria con mano precavida el vestido que ocultaba su pecho sangriento, y, con una destreza de soldado habituado á las heridas, renovó la cura.

Yo, muda de angustia, le ayudaba maquinalmente, sin pensar siquiera en preguntar de resultas de qué acontecimientos se encontraban allí.

María de los Alisios abrió los ojos y me apercibió. Una triste y pálida sonrisa asomó á sus labios; y cogiendo mi mano, que en un mismo apreton unió á la de su compañero:

— Hé aquí, dijo, los dos seres que mas amo yo en el mundo. Octavio, esta es Hortensia, de quien te he hablado tan á menudo; Hortensia, este es el conde Octavio de Rancogne, mi mejor, mi único amigo.

— Bueno, bueno, dijo el conde Octavio en tono de afectuosa reprimenda. Ahora que estamos en seguridad, al menos por algunas horas, es menester pensar en lo mas urgente, es decir, en tomar un descanso de que tienes necesidad.

En un instante se arregló una cama en un gabinete oscuro contíguo á mi cuarto, y el caballero se acostó en ella. Durante estos preparativos, el conde Octavio me ponia al corriente de los acontecimientos de los últimos dias. La poca tropa de MADAMA habia sido derrotada completamente en Bourg-Neuf. MADAMA misma habia caido prisionera en Nantes, y la insurreccion se sofocó en su primer esfuerzo. Un deber apremiante llamaba al conde Octavio de Rancogne á su país; pero antes de separarse de su amigo, habia querido dejarle en un asilo seguro, y no dudaba que al menos no lo hubiese encontrado por algun tiempo en Noizilles.

En tales circunstancias, no se calcula ni se vacila. Estaba segura de la discrecion de Lambert. Nuestros criados eran poco numerosos, y nuestras costumbres demasiado sedentarias para que una indiscrecion fuera de temer. Por eso dí al conde la formal seguridad de que María de los Alisios no corria ningun peligro mientras permaneciera bajo mi techo. Y al dia siguiente, M. de Rancogne partió, casi asegurado y disfrazado con un traje de campesino.

María permaneció seis largas semanas en Noizilles, y durante estas seis semanas conseguimos, Lambert y yo, ocultar tan bien su presencia, que no fué visto de nadie, ni aun de nuestros servidores mas íntimos. Por fortuna, su herida no era muy peligrosa. Su estado no ofrecia gravedad sino por la gran cantidad de sangre que habia perdido. No hubo siquiera necesidad de cirujano. Lambert y yo fuimos sus enfermeras. Sin embargo, todas estas condiciones de misterio, la compasion que me inspiró el herido, el amor que yo conocia me tenia, el peligro político que corria, — peligro que nosotros exagerábamos los tres con la mejor buena fé del mundo, — me hacian palpitar el corazon singularmente. Tenia modos de mirarme con sus grandes ojos tristes y reconocidos, que me trastornaban, y hubiera querido ser siempre mirada así. Durante estas seis semanas, él no pronunció una sola vez la palabra « Amor. » No trató de evocar, aun de la manera mas remota, las imágenes del pasado. Sin embargo, yo recuerdo aquellas seis semanas como un largo duo de amor casto y confiado. Y todavía, en este instante, mi alma se reposa en el recuerdo de esas horas deliciosas como un enternecimiento inocente, como lo era nuestra ternura misma.

No, no tuvimos ni el uno ni el otro nada que reprocharnos durante estas seis semanas radiantes. Nuestro afecto era tan fraternal y tan tranquilo, que Lambert podia impunemente ser testigo de todo. No creo que una sola vez, aun en lo mas recóndito de nuestro pensamiento mas íntimo, el caballero ni yo hayamos encontrado su vigilancia importuna.

Yo no comprendí la grandeza del sentimiento que me inspiraba sino por la del vacío que dejó su partida en mi alma.

El caballero me pidió, como solo favor, que le diera mi retrato y un medallon que no creí deber rehusarle. Este medallon, ahora está suspendido en mi pecho y jamás dejará ese puesto, ni aun en la tumba.

¡Pobre caballero!

Mi madre inclinó su cabeza sobre su pecho y estuvo pensativa un instante, como para recordar una imágen postrera de aquellas bellas horas de juventud. Y prosiguió:

— Esta vez fué la última que volví á ver al caballero de los Alisios. Tiempo era de que se hubiese marchado. Una semana despues, M. de Puysaie, llamado á toda prisa de Lóndres, venia en mi busca á Noizilles, para conducirme á París, donde una alta posicion le esperaba. Se mostró en esta entrevista, que puedo considerar como la primera (pues yo era tan jóven cuando nos casamos), lo mismo que ha sido siempre despues conmigo, es decir, de una finura y amabilidad perfectas. Tuvo la bondad de encontrarme mas crecida y mas embellecida. Me hizo, con la ingeniosa delicadeza que le conoces, mil cumplidos sobre mi mucha gracia. En suma, si no pudo hacerme olvidar á María, no obstante, me agradó mucho.

Casada á pesar mio, me conceptuaba todavía muy venturosa de encontrar un dueño tan apacible y agradable, cuando tantas otras jóvenes sacrificadas, lo son á la fealdad, á la necedad á la vez, ó al vicio.

Bajo apariencias frívolas, vuestro padre tiene el alma realmente amante. Presto me apercibí de que me adoraba, y no me pareció nada difícil de volverle, si no un amor tan ardiente como el suyo, al menos un afecto sólido y duradero.

El caballero de los Alisios no habia sido mas que un accidente en la vida de mi corazon. Le olvidé, ó al menos creí olvidarle, y con la mayor sinceridad del mundo, me persuadí que amaba á M. de Puysaie con verdadero amor.

Ademas, ¿no íbais á nacer y á establecer entre nosotros dos un lazo mas estrecho todavía?

¡Ay! Cipriana, de vuestro nacimiento, que debió ser una bendicion, data el principio de mis desgracias y de nuestra desunion.

Por un accidente fatal, nacisteis á los siete meses.

Este hecho, muy natural, hirió la imaginacion inquieta del conde. Cotejó fechas, se enteró de los menores detalles de mi vida en Noizilles, y debió llegar á saber, por no sé quien, la permanencia clandestina que habia hecho allí el caballero de los Alisios.

Era ciertamente muy hombre de mundo y demasiado delicado para no ocultarme sospechas que él mismo se acusaba de concebir. Sin apercibir la verdadera razon de su cambio, veia yo con sumo dolor que su carácter se trasformaba todos los dias. Se iba haciendo acerbo, casi provocador, de tono ya que no de palabra, él que en los primeros tiempos sabia encontrar mimos casi maternales. Sobre todo á tí, Cipriana, no podia sufrirte.

Tu vista le recordaba sin duda mi falta imaginaria.

Ciertamente, una mujer mas experimentada que yo hubiera adivinado la razon de estos bruscos cambios de humor: hubiera provocado una explicacion de donde, sin duda, hubiera resaltado la evidencia de su inocencia. Yo no me atrevia. El conde no pedia tampoco que se le convenciera y yo huia ante las ocasiones que me ofrecia de justificarme. Un dia, hasta me habló con aire indiferente del caballero de los Alisios, que habia fallecido recientemente en Alemania. Yo me puse muy pálida, y en mi turbacion cometí la torpeza de mentir, fingiendo no acordarme de él.

De este modo, cada dia ahondaba un foso mas profundo entre vuestro padre y yo. Largo tiempo hacia ya que os desterró á B... Por lo que hace á mí, me conservaba por respeto humano en el palacio; pero estaba tan lejana como vos en su afecto. Quizás, sin embargo, toda avenencia entre nuestros corazones turbados no hubiera sido imposible, cuando nuestro mal genio de todos tres entró en esta casa...

Un relámpago atravesó mi cerebro.

— El coronel Fritz, exclamé.

Mi madre me miró con aire atónito.

— ¿Cómo, murmuró, has adivinado?... Sí, él fué quien se hizo verdaderamente nuestro genio malo. Y sin embargo, se presentó al principio en esta casa como un conciliador. De qué manera habia conquistado la posicion que ocupaba y ocupa todavía en el mundo, lo ignoro. Sus recursos son desconocidos, así como su nacimiento. De todos modos, fué aceptado en seguida. Debió, creo, este rápido éxito á su increible petulancia, que sabia disfrazar hábilmente con fingida modestia.

M. de Puysaie, dominado por el encanto, le recibió sin sospechar que introducia en su casa el mas peligroso de sus enemigos. — Y yo misma... ¡ah! ¿cómo no habia de ser su juguete, su víctima? Se presentaba con una recomendacion tan querida... — Habia conocido, decia, al caballero de los Alisios durante su destierro. Él era quien habia sido su último amigo y consolador. Habia recibido de él, en su lecho de muerte, este medallon para traérmelo... Y este hombre, este mónstruo, tuvo la infamia de abusar de la confianza del conde, de abusar de mi flaqueza, de mi desesperacion, de mis desfallecimientos... Mientras por una parte exasperaba los celos de mi marido con informes sobre mis relaciones con el caballero, — le arrojaba en brazos de no sé qué mujer sin nombre, — representando cerca de mí el papel contrario; simulaba la compasion, ofrecia á mi pobre corazon quebrantado el apoyo de su afecto. Y yo, yo, loca y culpable, le creia.

Mi madre continuó así largo tiempo. Pero lo que añadió, Ursula, no me siento ni con derecho ni con fuerza para es-

cribirlo... Hay cosas que no se atreve una ni aun á decírselas á sí misma, y que, trazadas en el papel, producen el efecto de una impiedad. — ¡Ah! querida mártir, culpable ó no, no os juzgaré yo, y de vuestra historia, solo quiero recordar los sufrimientos.

XXIII

LO QUE HABRIAN CONTENIDO LAS PÁGINAS BLANCAS.

Y tambien nosotros, narradores imparciales de esta historia, echaremos un velo sobre esta dolorosa confidencia de una madre humillada ante su hija. Aunque hayamos prometido, al comenzar esta relacion, no retroceder ante ninguna verdad, ciertas llagas sociales serian todavía peligrosas, ya que no inútil sondearlas; el divino Pastor de las almas no preguntó á la Magdalena por qué habia pecado. La perdonó, porque habia amado. Lo mismo que Cipriana no queria recordar mas que los sufrimientos de su madre, así nosotros no queremos hablaros sino de sus remordimientos.

Culpable, lo habia sido, ciertamente, aunque no fuera mas que de locura é imprudencia.

Pero ¡cuántas expiaciones ya, sin contar esta humillacion suprema!... Hecha, no solamente la esclava, sino tambien el juguete de un miserable; denunciada por él á su marido, por crímenes de que se sentia inocente sin poderse defender; obligada á dejar pasar en su hogar á la hija legítima por la del adulterio, y de ocultar la otra, — la pequeña Lilias, á las indagaciones interesadas de su miserable padre, que se habria hecho de ella un arma, — vivia en trances de muerte continuos, arrastrando sin respiro durante su triste vida el abrumador peso de su falta!

¡Cuántos esfuerzos inútiles no habia hecho para evadirse de este presidio!... Ya la hemos visto arrastrarse alternativamente á los piés de su dueño y de su tirano, sin poder obtener piedad del uno ni del otro.

Un solo ser, entre los que la rodeaban, quedaba aun lleno de amor, de confianza, de veneracion, y á este ser salido de sus entrañas, carne de su carne, sangre de su sangre, venia á decirle:

— ¡Tú me amas... pues haces mal! ¡A mí me encontrarás en el orígen de todos tus sufrimientos! ¡Tienes confianza en mí... pues te engañas!... ¡Yo soy débil y estoy desarmada, y tú, al contrario, — tú que me llamas en tu socorro, tú eres la única que puede salvarme y defenderme!... ¡Tú me veneras, alma pura... y yo soy la mas culpable de las mujeres! Ahora, maldíceme, y seré la mas desgraciada de las madres.

¿Era bastante completa la expiacion?

Sí, acababa de decir esto á su dulce, á su casta Cipriana. Y ahora, abrumada bajo el peso de su vergüenza, ocultando su frente ruborizada entre sus manos, esperaba la sentencia del juez cuya inocencia le hacia aun mas tremendo.

Cipriana la estrechó en sus brazos, maternales á su vez, porque por naturaleza la mujer es madre, y besándola en la frente, no murmuró mas que estas palabras:

— ¡Pobre querida mia!...

. . . . . .

El alba pálida filtra á través de las cortinas. Cipriana está acostada en su lecho blanco: — duerme, sueña, y en su sueño sonrie.

¿En quién piensa la bella y pura niña?... ¿A qué ángel, bajado del cielo para consolarla, responde su sonrisa?

En su espíritu confuso todo se mezcla; las confidencias de su madre, y las propias aprensiones de su corazon.

Le parece que se pasea en el gran jardin de Noizilles, apoyada en el brazo del pequeño caballero de los Alisios. — Y el pequeño caballero le aparece bajo la forma de José, — y el gran jardin regular lo toma, segun es la semejanza engañosa, con que se le representa, por el mismo jardin del convento de B... La misma Ursula está allí... en alguna parte detrás de un bosquecillo, con un dedo en los labios y espiándola.

— ¡Ah! ¿por qué llorar? ¿Por qué dudar en el porvenir? le pregunta su compañero. — Animo, tened confianza en los amigos desconocidos.

Y de repente, el aire se llena de formas indecisas y flotantes, que poco á poco se condensan, toman cuerpo, fisonomía y semejanza. Son todos los seres que ha amado Cipriana, y de quienes ha sido amada: — la buena superiora con su benévola mirada, y Ursula, y su madre. El grupo se acerca y la envuelve. Todos los labios se entreabren; todas las manos están tendidas, como para cogerla y abrazarla. — En fin el grupo se aparta y deja pasar, altiva y serena, á la condesa de Monte-Cristo, llevando á Lilias de la mano.

— ¿Por qué llorar? ¿Por qué dudar del porvenir?... Confianza.

Cipriana, confianza en los amigos desconocidos.

. . . . . .

Por lo que hace á la condesa de Puysaie, continúa su velada. Ni siquiera se ha acostado. Hundida en el fondo de un sillon, con los ojos enrojecidos, la tez aplomada, está pensando. — Ella tambien vuelve á ver pasar, por delante de sus ojos fijos, el gran jardin de Noizilles, y la forma pálida del caballero de los Alisios. Tambien ella invoca el recuerdo de todos los que se han mezclado en su vida; la viuda de Simeuse, á la par tan zalamera y tan arrogante, una lámina de hierro en un estuche de terciopelo; la buena Lambert, M. de Puysaie, y, en fin, la causa de todas sus lágrimas y de todos sus remordimientos, el tentador y el tirano, el coronel Fritz.

Y para ella no tienen todos mas que amenazas ó reproches, cóleras y maldiciones. Solo, el pequeño caballero perdona. Llora silenciosamente como deben llorar los ángeles del paraiso cuando una estrella se extingue ó un alma sucumbe.

¡Solo él perdona! No, pues una vision, pura entre todas,

Vió en pié delante de sí á la señora de Monte-Cristo.

noble entre todas, se presenta en medio de estas imágenes desesperadas. Su dedo levantado muestra el cielo, y con la otra mano tiene cogida una mano de niña, la mano de Lilias.

— Llora, pecadora, sáciate con la hiel de tu arrepentimiento. Te se perdonará inmensamente, si has llorado mucho.

Y la condesa de Puysaie se ha levantado, y en la mesa ha cogido una carta muy manoseada, — bien á menudo releida durante pocas horas, — y exclamó:

— La salvacion está aquí, sino el olvido. Esta sola puede reparar todo lo que no es irreparable. Ella es, la santa y consoladora, ¡la señora de Monte-Cristo!

¿Continuaba su vision? Como si hubiese pronunciado la fórmula cabalística de una evocacion, levantando los ojos, vió en pié delante de sí á la señora de Monte-Cristo.

Esta señora, vestida de negro como un espectro resucitado de no sé qué mundo fúnebre, — tal, en fin, como la hemos visto enfrente de José, en su oratorio misterioso.

Detrás de la puerta entreabierta, se hubiera podido adivinar el perfil ansioso de Postel.

Era evidentemente la fiel camarera la que acababa de introducir, á pesar de la hora insólita, á esta visitante matinal.

— No he podido venir á veros ayer mismo, dijo la condesa de Monte-Cristo. Un deber sagrado, al cual no he faltado hace muchos años, me retenia. A esta hora estoy libre, y héme aquí. — ¿Qué habeis resuelto?

— El poner completamente mi suerte en vuestras manos, respondió madama de Puysaie con ardor. — Pues vos sois la sola (y sin embargo conoceis la grandeza de mi falta) que me hayais consolado y refrigerado el alma. Decid pues, y lo que vos me digais, haré.

— ¡Bien! dijo gravemente la condesa de Monte-Cristo. —